

El problema de la inflación

Por Germán Bernácer

Nuestro sistema monetario se apoya sobre dos valores simultáneos del dinero: 1.º El valor del dinero en una cierta cantidad de oro o de un complejo de mercancías usuales; 2.º El tipo de interés, llamado también precio del dinero.

El primero se quisiera estable, y se hacen los mayores esfuerzos por conseguir que lo sea. Y se comprende; el dinero es una medida, la medida usual del valor, y toda medida ha de ser fija. La falta de firmeza perturba la economía toda.

El segundo supone la inestabilidad de la moneda, puesto que se basa sobre la premisa de que siempre el dinero presente ha de valer más que el futuro. El cumplimiento de esta condición exige evidentemente que el dinero vaya descendiendo de valor con el tiempo.

Una manifiesta incompatibilidad existe entre esas dos condiciones, y la tarea teórica de la Economía consiste en buscar bajo qué condiciones puede establecerse un equilibrio más o menos estable en un sistema que envuelva la coexistencia de esos dos precios.

Por conveniencias de nuestra demostración, hay que dividir el mercado general en dos sectores: el mercado de productos comunes y el mercado de artículos de renta (valores públicos, acciones y obligaciones de Empresas, propiedades inmobiliarias, casas de alquiler). Para la compra de unas y otras mercancías sirve indistintamente el dinero que se gana, el que se ahorra y el que se toma a préstamo.

Es evidente —con arreglo a las leyes generalmente aceptadas en Economía— que si los poseedores de dinero por colocar muestran su preferencia por los bienes de renta, harán subir su cotización. Cuanto más alta sea ésta en general, más bajo será el rendimiento relativo de esos valores o tipo corriente de interés que producen. Por el contrario, si los colocadores de fondos rehuyen los valores de renta para inclinarse hacia las mercancías reales, los tipos de interés suben al mismo tiempo que el nivel de los precios.

Es erróneo, desde luego, suponer, como se hace corrientemente, que el punto de equilibrio se halle allí donde el nivel de precios se encuentre estabilizado. Eso sería lo deseable, pero desgraciadamente no es así. No hay equilibrio en aquel punto, porque el que compra un bien de renta está seguro de obtener un interés mayor o menor, mientras que quien adquiere un producto común no sólo no ganará ningún interés, sino que, por hipótesis, no podrá vender, en general, a un precio superior a aquel a que ha comprado (o producido, si se trata de un productor). La venta a precio de coste no le compensa del interés que ha perdido mientras ha tenido invertido el dinero. La posición de indiferencia está en aquel punto en que entre la compra (o producción) y la venta hay un alza de precio que le indemnice del interés perdido. Si median tres meses entre la compra y la venta y el interés del dinero es 4 por 100, un 1 por 100 de alza de precios cada trimestre deja indiferente al especulador entre emplear el dinero de una forma o de otra. Es evidente, pues, que desde este punto de vista no hay equilibrio cuando los precios son estables. Si otras circunstancias exigen la estabilidad del nivel de precios, se originan conflictos que no han sido nunca sistemáticamente estudiados.

¿Qué sucederá si a pesar de todo se procura mantener la referida estabilidad? Sucederá, en nuestra economía de especulación, que los productos comunes no serán demandados en cantidad suficiente ni, por consiguiente, producidos, y los precios caerán al superar la oferta a la demanda. Consecuencia también de ello será que en las fechas venideras esos productos escasearán por no haberse financiado suficientemente su producción y almacenamiento, al no resultar lucrativos ni una ni otro. Esto causa dos efectos opuestos: baja de precios en el presente y alza en el futuro. Ambos conducen a crear un margen diferencial entre el nivel de precios actual y el venidero, que se ensanchará tanto más cuanto más alto es el tipo de interés reinante en la economía.

Una elevación continuada de los precios y una desvalorización constante del dinero son dos hechos sinónimos, y esto que aquí expongo constituye una explicación sencilla de un fenómeno que hasta ahora ha parecido inexplicable, aunque es un hecho que llena toda la historia económica, y, mientras no se explique, esa historia misma resultará inexplicable.